

Filósofos como bibliotecarios: siglo IV a.C.-siglo XVIII d.C.

Philosophers as librarians: fourth century B.C. to eighteenth century A.D.

Celso Martínez Musiño*, Oscar Maya Corzo**

RESUMEN

Ensayo descriptivo, cuyo objetivo es enumerar qué filósofos destacados del pensamiento occidental tuvieron una cercanía con las actividades de bibliotecario en un periodo que va del siglo IV a.C. al siglo XVIII de nuestra era. El acercamiento al tema y a la metodología aplicada fue detonado por la serie *La aventura del pensamiento*, conducida por Fernando Savater. A partir de ésta, se procedió a la búsqueda de las biografías de los filósofos-bibliotecarios. Los resultados de la pesquisa acerca de los pensadores que tuvieron una participación en las bibliotecas son Aristóteles, Andrónico de Rodas, Leibniz, Hume y Kant. Como conclusión general es que sí hubo filósofos en el periodo analizado que tuvieron relación con las bibliotecas, tanto en la gestión de las mismas como en el análisis documental y la producción intelectual.

PALABRAS CLAVE: Filósofos, Bibliotecarios, Siglo IV a.C.-Siglo XVIII. d.C.

Abstract

This is a descriptive essay that aims to list which prominent philosophers of Western thought had a closeness with library activities in period from the 4th century B.C. to the 18th century A.D. The approach to this subject and the corresponding methodology were detonated by the series "The Adventure of Thought", led by Fernando Savater. From this, we proceeded to search the biographies of librarian philosophers. The results of the research about the thinkers who had an interest in libraries are Aristotle, Andronicus of Rhodes, Leibniz, Hume and Kant. The general conclusion is that there were, indeed, philosophers in the reporting period that were related to libraries, both in the management of the same, and in the document analysis and intellectual production.

KEYWORDS: Philosophers, Librarians, 4th Century B.C. to 18th Century A.D.

* Posdoctorado en Universidad de Zaragoza, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Ciencias de la Documentación e Historia de la Ciencia. C/ Pedro Cerbuna 12, 50009 Zaragoza, España. Correo electrónico: cmartinez@colmex.mx; celsommm@yahoo.com.mx.

** Biblioteca "Dr. Nicolás León." Palacio de la Escuela de Medicina, Facultad de Medicina, Centro Histórico, Ciudad de México. México. Correo electrónico: omaya@izquierdo.fmedic.unam.mx

Introducción

En la historia de las bibliotecas, desde que el ser humano ha tenido la necesidad de preservar organizadamente sus conocimientos, los bibliotecarios o quienes han ejercido actividades equiparables han sido actores fundamentales. ¿Qué es lo que motiva a los bibliotecarios a formarse (ahora y desde hace décadas) profesional o técnicamente e integrarse laboralmente a esta actividad que demanda no sólo aptitudes sino también una buena cantidad de conocimientos? Con seguridad respuestas hay muchas. En principio, se puede pensar en el desarrollo de una actividad remunerada, dado que un bibliotecario obtiene un salario para cumplir con sus necesidades elementales de vida (alimentación, salud, vivienda). Puede ser también que alguien haya errado en identificar una vocación distinta pero en algún momento decide convertirse en bibliotecario. Sin embargo, podemos especular que hay otras razones, tales como el gusto por el contacto con artefactos del conocimiento (libros, revistas, materiales audiovisuales, por mencionar algunos) o el contacto con los usuarios de las bibliotecas –una sociabilidad resuelta a través del servicio–.

El lugar que ocupan los bibliotecarios formados como tales o quienes desarrollan empíricamente las actividades bibliotecarias pudiera ser el motivo de este ensayo; sin embargo, ante el hecho que en distintas épocas algunos destacados filósofos (Aristóteles, Kant) han gestionado la creación de bibliotecas o han laborado en estos centros del saber y del conocimiento, que es el eje principal de este trabajo, el objetivo es indagar qué filósofos tuvieron una cercanía con las actividades propias de un bibliotecario en el horizonte histórico que va del siglo IV a.C. al siglo XVIII de nuestra era. El método se orientó a la identificación de los principales filósofos que tuvieron una relación con el mundo bibliotecario y la búsqueda de su respectiva biografía. Posteriormente, se procedió a la caracterización de las funciones ejercidas por parte de cada uno. Es importante señalar que se analiza la participación de los filósofos tomando como parámetro las funciones actuales que se llevan a cabo en las bibliotecas, es decir, la dirección, los servicios y el análisis documental; en este ensayo se omite la participación de los sujetos analizados como usuarios de las bibliotecas.

La palabra y su preservación

En un principio, la palabra hablada fue el medio para nombrar y conocer al mundo, fue el instrumento para explicar la vida y construir el cosmos. La palabra y la memoria eran la dimensión de la especie humana. En esa era bastaba sólo con la memoria para conocer y saber, una memoria que debía ser prodigiosa tanto como debía ser cada vez mejor y más eficiente la comunicación entre las personas y las comunidades. Durante el imperio de la palabra hablada la habilidad para recordar y verbalizar debió ser extraordinaria, en tanto éstas fueron las normas y los patrones de información, comunicación y conocimiento que permitieron el tránsito de los clanes nómadas de recolectores a las sociedades agrarias, posteriormente urbanas que hicieron posible la construcción de culturas y civilizaciones. En ese sistema lo extraordinario era garantizar que las ideas y las palabras no se erosionaran, se perdieran o extraviaran al paso de los años y los siglos.

Es indudable la utilidad de la palabra, la cual ha demostrado ser una poderosa herramienta en tanto permite una comunicación inmediata aunque no permanente. El desafío para la oralidad fue garantizar la permanencia del saber y la inteligencia sin que sufrieran cambios que desvirtuaran su sentido. Con el avance de las civilizaciones y la construcción de sistemas de comunicación más complejos la oralidad no pudo mantener por sí sola la hegemonía y su preeminencia como recurso de comunicación. Además, históricamente la oralidad en la cultura no requería ser resguardada en documentos u otro tipo de soportes, menos aún en recintos o espacios destinados al acopio de información. La oralidad era económica, requería de pocos recursos materiales pero perdía su eficiencia primordial ante las complejidades culturales de las civilizaciones que empleaban política, social y administrativamente la palabra. En estos escenarios se entroniza la palabra escrita, la cual al ser codificada da paso a la atemporalidad del sonido, ya que puede ser reproducida casi infinitamente, permite ser organizada y reorganizada, es leída por la comunidad que le da origen y puede ser leída e interpretada por otras comunidades, cualidades de las cuales carece la oralidad.

Aunque el conocimiento en la tradición oral no demandaba obligadamente un método de interpretación (como sí lo requiere la lectura de textos), la organización o sistematización de ideas o relaciones de ideas, la complejización que explica al mundo el pasado y el presente, el aumento en la mnemotecnía, todos procesos indispensables para la creación, refutación y consolidación de ideas y otros/nuevos conocimientos, se fortalecen gracias a la cultura escrita. Esto marcó el éxito de la escritura y sus soportes sobre la oralidad; en un proceso largo, no sin dificultades, la escritura se hizo de un prestigio tal que desbancó a las tradiciones orales como métodos.

Las relaciones que se establecen entre el conocimiento, la cultura y las bibliotecas es, por lo que sabemos y podemos entender, bastante antiguo. Una vez que el conocimiento se convirtió en uno de los principales motores de avance civilizatorio fue necesario tener instrumentos para su transmisión y espacios destinados para su acopio y resguardo. Se requería de apoyos mnemotécnicos que dieran cuenta de la creciente complejidad que adquirirían las civilizaciones al dejar de ser sociedades eminentemente agrarias. Este proceso determinó el abandono paulatino de la palabra hablada como vehículo único y privilegiado en la construcción de la inteligencia y en la creación de conocimientos. Los registros escritos fueron aceptados no sólo como un medio que preservaba sino como un recurso que ponía en circulación los conocimientos.

Es probable que hayan surgido repositorios desde el momento en que se crearon manuscritos. Ya los griegos y los romanos hacen referencia a las colecciones de manuscritos con obras filosóficas, literarias, de historia y ciencias naturales, expresando su admiración por estas primeras bibliotecas. El bibliotecario es así reputado como un personaje erudito, un hombre que dedica su vida a la preservación y resguardo del conocimiento. El diccionario en línea de la Real Academia Española (RAE) indica que *erudición* es un término que significa: 1. Instrucción en varias ciencias, artes y otras materias. 2. Amplio conocimiento de los documentos relativos a una ciencia o arte. 3. Lectura varia, docta y bien aprovechada.¹ En tanto el *erudito*, de acuerdo

con la misma fuente, es: erudito, ta. (Del latín *eruditus*).²

1. Instruido en varias ciencias, artes y otras materias. 2. Persona que conoce con amplitud los documentos relativos a una ciencia o arte.³ Estas descripciones del diccionario se ajustan casi a la perfección con la noción que prevalecerá, desde la antigüedad, en torno a la figura de los bibliotecarios: personajes eruditos nunca ajenos al acontecer de los sabios. Será en Grecia donde esto tome lugar cuando los sabios no sean sólo hombres de una gran inteligencia sino se conozcan ya como filósofos, matemáticos, astrónomos. Y es aquí donde quedan reunidos –quizá por primera vez– los destinos de algunos filósofos y el quehacer bibliotecario.

Qué es la filosofía

Sólo se hará una sucinta descripción de lo que significa el término *filosofía*. En términos simples, es la explicación del porqué de la existencia de las cosas, de las personas, de las disciplinas, de la ciencia. Es, además, la forma en que se manifiestan los comportamientos de las personas tanto en lo individual como en lo colectivo. En términos un tanto más coloquiales, pero sin llegar a la explicación más especializada, el término *filosofía*, según la primera definición de la Real Academia Española, es: la “ciencia que trata de la esencia, propiedades, causas y efectos de las cosas naturales”.⁴ Cabe aclarar que éstas son definiciones como conceptos más que definiciones metódicas o ideológicas. A diferencia de una definición de diccionario, una enciclopedia general, la *Enciclopedia Hispánica*, nos indica que la filosofía es: “[...] la búsqueda de la sabiduría, concepto que apunta, más allá de los conocimientos concretos, hacia un saber profundo y unitario del hombre y de la naturaleza, que oriente el comportamiento ante la vida”.⁵

la, 2012. <<http://lema.rae.es/drae/?val=erudici%C3%B3n>>

² Erudito. En: Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española* [en línea]. 22ª ed. Madrid: Real Academia Española, 2012. <<http://lema.rae.es/drae/?val=erudito>>

³ *Idem*.

⁴ Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*, vol. 1, p. 969.

⁵ *Enciclopedia Hispánica*, vol. 6, p. 262.

¹ Erudición. En: Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española* [en línea]. 22ª ed. Madrid: Real Academia Española

Las definiciones de *filosofía* se desarrollan y se adaptan según la época, las tendencias intelectuales o en su defecto a los actores principales (filósofos). El concepto, además, puede ser descrito de una manera abreviada o se puede ampliar tanto como un tratado teórico. Desde los precursores de la *filosofía* se ha transitado desde un enfoque espiritual a uno material, desde una perspectiva del hombre como ente central del universo o a partir de una exaltación de la naturaleza. En el siglo XIX, por ejemplo, se abordó a la *filosofía* desde un enfoque positivista, en el cual prevalecen los términos y las categorías científicas; en el siglo pasado las escuelas filosóficas incluyeron nuevos métodos y sistemas de análisis que se apoyan en las ciencias duras o en las disciplinas sociales. Es imposible terminar categóricamente una discusión de décadas y centurias, lo que sí es seguro es que la *filosofía* es y seguirá siendo motivo de análisis y materia de discusiones.

Por esta razón, el límite de la búsqueda del concepto *filosofía* será bajo una acepción general. De tal suerte que el significado de *filosofía* para un diccionario es: "Amor a la ciencia, afición a la sabiduría".⁶ En la época clásica del pensamiento filosófico griego, el estudio del conocimiento, el placer que otorga el conocimiento y la sabiduría como actividades epistemológicas que podían –inclusive– ser placenteras, se documentan en los trabajos o referencias a los trabajos de Sócrates, Platón y Aristóteles, por mencionar a los más conspicuos filósofos de ese momento histórico. Aún hoy en día, la búsqueda de explicaciones del quehacer humano, del porqué de la existencia de las cosas, e incluso la definición de los fenómenos, son sujetos y objetos de estudio de la *filosofía* como en aquellos tiempos míticos.

⁶ Russ, Jacqueline. *Léxico de filosofía: los conceptos y filósofos en sus citas*, p. 160.



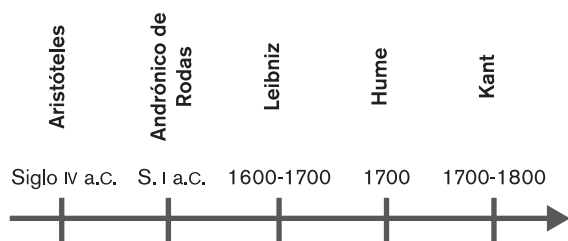
Quiénes han sido los principales actores de la filosofía en el horizonte del siglo IV a.C. al siglo XVIII

Para responder la pregunta de ¿quiénes han sido los principales filósofos en el periodo del siglo IV a.C. al siglo XVIII de nuestra era? se decidió, como un primer acercamiento al tema, ubicar el horizonte más antiguo en un momento que pudiera mantener una equivalencia con sucesos posteriores (como la existencia y actuación de filósofos y repositorios documentales). Las evidencias documentales que fundan la cultura occidental se encuentran precisamente en Grecia, de allí que sea el punto de partida para estas líneas. Se cierra en el siglo XVIII dado que la tradición y la herencia clásicas grecolatinas tienen hasta ese momento una influencia decisiva en la tradición cultural europea. Además, esta investigación es un primer acercamiento al tema, el periodo posterior a partir del siglo XIX requiere de mayor meticulosidad en la consulta de fuentes.

Son multitud los filósofos, historiadores o literatos los que han documentado quiénes han sido los más influyentes y destacados filósofos del pensamiento occidental, desde la aparición de la *filosofía* como una actividad intelectual primordial para la comprensión de la naturaleza humana. En este caso tomemos como

referencia a Fernando Savater (s.f.), quien conduce la serie *La aventura del pensamiento* (la versión que se consultó se encuentra disponible en DVD). El autor analiza el legado de los principales filósofos y los agrupa en cuatro apartados, a saber: V. 1: Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino, Thomas Hobbes, Gottfried Leibniz, David Hume. V. 2: Immanuel Kant, George Wilhelm Friedrich Hegel, Arthur Schopenhauer, Soeren Aabye Kierkegaard, Karl Marx, Friedrich Wilhelm Nietzsche. V. 3: Miguel de Unamuno, Bertrand Arthur William Russell, José Ortega y Gasset, Ludwig Josef Johann Wittgenstein, Theodor Wiesengrund Adorno, Jean-Paul Sartre. V. 4: John Dewey, Michel Foucault, Henri-Louis Bergson, George Santayana, Martin Heidegger.⁷ A partir de la descripción biográfica, de las obras y de los principales postulados de estos filósofos, se procedió a la búsqueda de información que ampliara los hallazgos de los principales actores del pensamiento universal y su actuación en el mundo de las bibliotecas. En la relación de filósofos propuesta por Savater se identificaron a los siguientes: Aristóteles, Andrónico de Rodas, Gottfried Leibniz, David Hume e Immanuel Kant. Estas personalidades, de alguna manera o de otra, tuvieron alguna actuación cercana con las bibliotecas. De acuerdo a una línea del tiempo estos actores se distribuyen de la siguiente forma (figura 1).

Figura 1. Los filósofos y las bibliotecas en la línea del tiempo



Fuente: elaboración propia.

Aristóteles (384-322 a.C.) como formador de una biblioteca

Actualmente, quien se encarga de convencer a algún funcionario público, empresario, o a quien dirige un

centro de investigación u otro organismo, requiere contar con habilidades específicas, necesita un poder de persuasión para lograr sus objetivos. Imaginémonos, en el siglo III a.C., cuáles eran los argumentos para establecer una escuela con biblioteca “y un curioso zoológico” (Savater, s.f.). Aristóteles lo hizo con el mecenazgo de Alejandro Magno. La importancia de la enseñanza y la forma de aprender se impusieron; Aristóteles fue exitoso como formador de una biblioteca: “Su memorable colección de libros fue finalmente colocada en la biblioteca del Liceo, un gimnasio donde comenzó a formar estudiantes hacia el año 335 a.C.”⁸ y quizá es este uno de los primeros ejemplos en occidente en donde la educación se relaciona con la creación de repositorios documentales organizados.

Aquí cabría preguntar ¿para qué necesitaría Aristóteles de una biblioteca? La pregunta se responde argumentando que en esos momentos existía ya una institución social que funcionaba bastante bien: la escuela, dedicada a la educación de los ciudadanos atenienses y otros griegos, hombres libres quienes gobernaban y decidían los asuntos públicos de la polis y de Hélade. En este contexto, el uso de documentos como objetos para el apoyo de los estudios impartidos por los pedagogos y los filósofos se vuelven comunes, no sin despertar la molestia de algunos filósofos convencidos de que la memoria y el discurso se tornarían débiles ante el uso de papiros y tabletas de cera almacenadas en estas primeras cajas con libros (bibliotecas). Es así como Aristóteles quizá debió convencerse de la importancia de tener disponibles los textos que le eran útiles, necesarios como herramientas mnemotécnicas para consolidar la formación de los alumnos de este ejemplar tutor y maestro.

Andrónico de Rodas (Siglo I a.C.), filósofo, gramático y bibliotecario

En el pasado, la tipología de los recursos documentales era más limitada que en la actualidad, pero no el reto de organizar y analizar los documentos. A partir de la labor antecedente de Tiranión, otro bibliotecario,

⁷ SAVATER, Fernando. *La aventura del pensamiento* [DVD]

⁸ BÁEZ, Fernando. Los escritos perdidos de Aristóteles, p. 2

quien se dio a la tarea de seleccionar y organizar la obra de Aristóteles, Andrónico de Rodas realizó la primera edición crítica de las obras filosóficas de Aristóteles;⁹ elaboró un catálogo de los escritos de Aristóteles, apoyado en listas preexistentes. Este filósofo griego ejecutó tareas similares a las de un bibliógrafo que en la actualidad son propias de los bibliotecarios especializados en el análisis documental, labor necesaria para promover las existencias de los centros documentales; en otras palabras, la actividad de bibliógrafo es una actividad del bibliotecólogo.

El trabajo hecho por Andrónico de Rodas es de reconocerse dado que se da a la tarea de sistematizar las obras de los precursores del pensamiento occidental. Él puede representar así la imagen convencional de un bibliotecario; es tanto un hombre de letras como un sabio, lo cual se convertirá en un cliché asociado con la imagen ideal de un bibliotecario. Se supone que una consecuencia lógica de un hombre de ideas es que éste trabaje en un espacio dedicado a la preservación de la inteligencia y la memoria. En la actualidad las bibliotecas cumplen una función principal: el análisis especializado de documentos u objetos que contienen información (monografías, recursos electrónicos, materiales cartográficos, gráficos, microformatos, grabaciones sonoras, arte impreso, películas y grabaciones, archivos de computadora y recursos digitales), tanto para la realización de inventarios como para dar a conocerlos a los usuarios y promover sus servicios. El trabajo de precursores como Andrónico tendrían su continuación en el cierre y caída del imperio romano y posteriormente en la Edad Media, con la aparición de las sumas bibliográficas, los índices, los compendios y todas las listas y sumarios que se crearían para agrupar las obras hechas en un país, territorio o periodo histórico, sobre alguna materia o pensador en particular. Gracias a estos trabajos las funciones de las bibliotecas de ese periodo y en etapas históricas posteriores pudieron tomar la forma semejante a las que tienen actualmente las bibliotecas.

Leibniz (1646-1716) como bibliotecario

En 1676, Leibniz, filósofo alemán, «a falta de un trabajo más adecuado a sus gustos y capacidad... se hizo bibliotecario del Duque de Brunswick en Hannover».¹⁰ Leibniz es sin duda una figura central de la filosofía en el siglo XVII y comienzos del XVIII. Olvidado por un tiempo, fue un acucioso pensador quien, al estilo de la época, conjuntó varias disciplinas en su quehacer intelectual, fue filósofo, matemático, historiador y teólogo. En ese momento del desarrollo del pensamiento occidental, las bibliotecas son ya instituciones que dejan de estar resguardadas en conventos y palacios y pasan a ser un componente fundamental de las academias y las nascentes sociedades científicas. En el siglo de las luces (siglo XVIII) era bien visto ser un practicante de las ciencias y un devoto del pensamiento lógico. Se estratifica aún rememorando las antiguas categorías con que funcionaron bajo un estricto orden las sociedades europeas; a este mecanismo no escapan las universidades ni las academias. Para ese momento, el ser nombrado sub-bibliotecario no era un asunto menor en tanto indicaba que alguien más era el bibliotecario, en esencia el dueño de los saberes, el comendador del conocimiento, con seguridad un erudito digno custodio de los libros.

Quizá –por las múltiples actividades que le asigna la casa de Hannover– no se haya estimado conveniente que Leibniz fuera nombrado bibliotecario, una labor que le hubiera distraído sin duda de sus otras tareas. No se sabe cuántos años ocupó Leibniz el puesto de bibliotecario, las fuentes consultadas no indican el periodo preciso; sin embargo, se sabe que:

[...] llega finalmente a Hannover en septiembre de 1676. Allí permanece, salvo viajes esporádicos en misiones diplomáticas, hasta su muerte, fiel a la casa [de] Brunswick, cumpliendo sus funciones de bibliotecario e historiógrafo de esta casa. Pero no abandona sus auténticas aficiones a cualquier saber nuevo y manteniendo un ingente comercio epistolar con todos los doctos europeos. En 1678 muere el duque,

⁹ *Enciclopedia de la filosofía Garzanti*, 1992, p. 35

¹⁰ *Enciclopedia concisa de filosofía y filósofos*, p. 226.

su protector, y le sucede su hermano en el gobierno, Ernesto Augusto, obispo de Osnabrüg, quien se convierte asimismo en mecenas de Leibniz.”¹¹

Al cierre del siglo XVII es ya inconcebible que la especulación teórica se desarrollara sin el apoyo vital de los acervos bibliográficos. Así, no es raro encontrar que los bibliotecarios sean también científicos o filósofos, o en su defecto están siempre al lado de quienes administran repositorios. La inteligencia y el conocimiento científico, la filosofía también, sólo pueden nutrirse de la lectura de textos adecuados, de obras que permitan enriquecer el panorama de la intuición y la razón. Para hombres de ideas como Leibniz es ya común suponer que las bibliotecas bien dotadas permiten hacer del proceso de razonamiento científico una tarea mejor acompañada de instrumentos valiosos como lo son los libros. Será a partir de entonces que nunca más podrá disociarse a la filosofía y la ciencia del uso y aprovechamiento de las bibliotecas.

David Hume (1711-1776) en la biblioteca de Edimburgo

En varias etapas del desarrollo de la humanidad ha habido sistemáticos rechazos a algunas personas que exponen o defienden sus ideas u opiniones en relación con hechos o posiciones religiosas, los cuales se han manifestado, por ejemplo, al buscar un trabajo remunerado; este es el caso de David Hume, abogado, político, historiador y filósofo. Hume, al considerar que la religión era un fenómeno social más que un elemento del desarrollo de las personas y de la creación del universo, en 1744 solicitó una cátedra de ética y pneumática (psicología) en la Universidad de Edimburgo, petición que le fue rechazada. A pesar de las gestiones de Adam Smith tampoco pudo encontrar cátedra

en la Universidad de Glasgow; sin embargo, encontró refugio en la biblioteca de Edimburgo. En 1752, relata Hume en *De mi propia vida*, «La facultad de derecho me eligió como bibliotecario, un empleo por el que recibía escasos o nulos emolumentos, pero que puso bajo mi mando una gran biblioteca».

Con ese cargo, Hume pudo desarrollar su obra dedicada a la historia de Inglaterra.¹² En el *Diccionario de filósofos* se parafrasea de manera diferente este hecho, pues se indica que Hume «a pesar de la viva oposición de los cristianos, logró en 1772 un puesto de bibliotecario...».¹³ La noticia puede tener signos de verdad en tanto Hume fue considerado un entusiasta ateo, lo cual nunca fue bien visto y le granjeó enemistades en la sociedad escocesa. Ya sea como asignación o como un logro el puesto de bibliotecario es bien valorado por uno de los grandes filósofos del siglo XVIII.

En la actualidad hay pocos espacios en las bibliotecas en los cuales sea posible desarrollar una obra personal, pero en tiempos de Leibniz y de Hume eso era posible. Un bibliotecario era antes que nada un hombre sabio o se esperaba que lo fuera. Hoy esta figura ha desaparecido, pero en algunas bibliotecas de corte académico o universitario se ha creado la figura de bibliógrafo, o en su defecto una figura equivalente que no le hace honor, la posición de profesor-investigador. Aunque es difícil encontrar la categoría de bibliotecario que ocupó David Hume, sería saludable especular cuál fue la influencia en su obra como historiador y filósofo.

Kant (1724-1804), ayudante bibliotecario

Immanuel Kant, reconocido filósofo admirado aún hoy, es el autor de *Crítica de la razón pura*, *Crítica de la razón práctica* y otras obras. Kant fue también ayudante de bibliotecario.¹⁴ *El Diccionario de filósofos*¹⁵ indica que siendo ya célebre por su obra a Kant le otorgaron el puesto de sub-bibliotecario. Sin embargo, ante este

¹¹ VELARDE LOMBRANA, Julián. *Historia de la lógica* [en línea], p. 167. <http://books.google.com.mx/books?id=KEUqkwQwv sC&pg=PA167&lpg=PA167&dq=leibniz+bibliotecario+del+Duque+de+Brunswick&source=bl&ots=NGpCSMP1nn&sig=32RphSquTqeEUWI3RaY_ELEx2A0&hl=es&sa=X&ei=XTZZVPn8KYuwYATIIICoDg&ved=0CCgQ6AEwAg#v=onepage&q=leibniz%20bibliotecario%20del%20Duque%20de%20Brunswick&f=false>

¹² SAVATER, Fernando, *op. cit.*

¹³ *Diccionario de filósofos*, p.640.

¹⁴ SAVATER, Fernando, *op. cit.*

¹⁵ *Diccionario de filósofos, op. cit.*, p. 724.



hecho, o quizá gracias al estilo y a la forma que tiene la redacción de este diccionario, cabe pensar si alguien siendo ya reconocido aceptaría una vacante de este tipo. No es por minimizar la profesión, loable, de bibliotecario, sino más bien es para reflexionar acerca de por qué Kant tomó esa decisión. En efecto, siendo ya doctor lo habilitaron para la docencia y se dedicó a ella durante varios años en los cuales publicó sólidos trabajos filosóficos. En 1766 obtuvo el puesto de bibliotecario de palacio en Königsberg, en esa época la capital de Prusia Oriental.

Kant se convertiría al paso de las décadas en uno de los más célebres y reputados filósofos alemanes y del escenario europeo del siglo XVIII. En vida vivió la gloria de ser reconocido como un eminente hombre de ideas, como un filósofo destacado y venerable. ¿Sería quizá una humildad innata, una fuerza de espíritu o una voluntad de estudio lo que hizo de Kant un bibliotecario, siendo él un reputado profesor y un connotado filósofo? Lo cierto es que su figura es, desde hace mucho, central para entender al pensamiento occidental contemporáneo.

En tiempos de Kant las bibliotecas eran ya una parte sustancial del sistema educativo, en particular para los estudios universitarios, de no pocos países. En esos siglos la palabra impresa pasó a ocupar una posición preponderante como instrumento de conocimiento y como soporte de la inteligencia. Se abandonó casi toda posibilidad de usar a la palabra oral como medio de comunicación de ideas. Si alguien tuviera algo trascendente que decir lo haría en forma impresa. Al alba del siglo XIX el mundo cambiaría definitivamente, haciendo de las bibliotecas un espacio privilegiado con el cual se sustenta el orden occidental.

Conclusiones

En el periodo analizado, del siglo IV a.C. hasta el siglo XVIII, se estudiaron las vidas de los filósofos identificados, en las que se encuentran evidencias que devienen en datos con los cuales se sabe con certeza que estos actores de la *filosofía* occidental tuvieron una cercanía con las bibliotecas, no como usuarios comunes sino como bibliotecarios.

De acuerdo con la función que desempeñaron los actores estudiados podemos saber cuáles fueron sus actividades como gestores de bibliotecas, ayudantes bibliotecarios y bibliotecarios; en algunos casos llevaron a cabo actividades específicas eminentemente bibliotecarias, por ejemplo la elaboración de catálogos, la clasificación de las obras de acuerdo a sus contenidos (Andrónico de Rodas) y la redacción específica de monografías históricas de algún país o periodo histórico (Leibniz, Hume) haciendo uso de los recursos bibliográficos a su disposición.

Las motivaciones bajo las cuales estos pensadores interactuaron en las bibliotecas son diversas, por un lado la necesidad de contar con un espacio de inspiración y regocijo para la enseñanza (Aristóteles), o bien, por el otro, ante la descalificación de la iglesia y el desarrollo de una forma de pensamiento que se consideraba contrario a ésta, las bibliotecas fueron su refugio intelectual y una fuente de ingresos (Hume, Kant). Lo cierto es que ninguno de estos hombres serían bibliotecarios de tiempo completo fueron eruditos y hombres de ideas que encontraron en el trabajo bibliotecario una fuente de ingresos y un espacio natural para la reflexión. ☞

Obras consultadas

BÁEZ, Fernando. Los escritos perdidos de Aristóteles. *A Parte Rei* [en línea]: *revista de filosofía*, 2012, vol. 24, no.12, p. 1-14. <<http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/perdido.pdf>> [Consulta: 5 febrero 2015]

Diccionario de filósofos. Centro de Estudios Filosóficos de Gallarte. Madrid: Rioduero, 1986. 1444 p.

Enciclopedia concisa de filosofía y filósofos. Madrid: Cátedra, 1979. 422 p.

Enciclopedia de la filosofía Garzanti. Barcelona: Ediciones B., 1992. 1041 p.

Enciclopedia Hispánica. México: Encyclopaedia Britannica, 1994-1995, 18 v.

Erudición. En: Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española* [en línea]. 22ª ed. Madrid: Real Academia Española, 2012. <<http://lema.rae.es/drae/?val=erudici%C3%B3n>> [Consulta: 4 noviembre 2014]

Erudito. En: Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española* [en línea]. 22ª ed. Madrid: Real Academia Española, 2012. <<http://lema.rae.es/drae/?val=erudito>> [Consulta: 4 noviembre 2014]

Real Academia Española. *Diccionario de la lengua española*. 21ª ed. Madrid: Real Academia española 1992. 2 v.

RUSS, Jacqueline. *Léxico de filosofía: los conceptos y filósofos en sus citas*. Madrid: Akal, 1999. 518 p.

SAVATER, Fernando. *La aventura del pensamiento* [DVD]. [S.l.]: Encuentro, [201-?]. 4 DVD.

VELARDE LOMBRAÑA, Julián. *Historia de la lógica* [en línea]. Gijón: Universidad de Oviedo, 1989. 417 p. <http://books.google.com.mx/books?id=KEUqkwQwjsC&pg=PA167&clpg=PA167&dq=leibniz+bibliotecario+del+Duque+de+Brunswick&source=bl&ots=NGpCSMP1nn&sig=32RphSquTqeEUWI3RaY_ELEx2A0&hl=es&sa=X&ei=XTZZVPn8KYuwyATlIICoDg&ved=0CCgQ6AEwAg#v=onepage&q=leibniz%20bibliotecario%20del%20Duque%20de%20Brunswick&f=false> [Consulta: 5 febrero 2015].